

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 297

25 Cts.



EL
CABALLO
VENCEDOR

POR
VIOLA DANA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI

BARCELONA

N.º 297

.....

El caballo vencedor

Interesante comedia americana interpretada
por la bellísima y célebre artista

VIOLA DANA

EXCLUSIVA ESPECIAL

GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HARRIET HAMMOND

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Cortes, 719.-Barcelona



EL CABALLO VENCEDOR

Argumento de la película

Cuando el famoso *sportman* Jorge Doone dejó tras él cosas que amaba sobre todas las otras. Una era *Greenacres*, su plantación de Kentucky, donde existía una pista ecuestre en la que se habían entrenado muchos favoritos y se habían ganado y perdido muchas carreras. Otra era *Saeta*, el último *pur-sang* de sus cuadras; y por último, su hija única Teresa, a la que, si no le dejaba una gran fortuna, le legaba, en cambio, aquel carácter travieso, risueño y varonil, que era un inagotable tesoro de energías.

Teresa, una apasionada de los caballos, probaba en la pista de su plantación a su *Saeta*,

que se la llevaba agazapada a sus crines, casi por los aires.

Pedro Welkin, el amigo y notario del padre de la muchacha, y ejecutor de sus últimas voluntades, controlaba, reloj en mano, la velocidad del pura sangre. Un poco más lejos, dos hombres se hallaban haciendo lo mismo, y comentaban contrariados:

—Hay que impedir a toda costa que ese caballo corra en las carreras, o *Bygones* pasa a segundo lugar.

Teresa descendió de su caballo, encendida y vibrante, toda luminosa de agitación y de entusiasmo, y confió a Welkin:

—No hay ningún favorito que pueda compararse a mi *Saeta*... Su nombre no es una exageración; es veloz como una verdadera flecha.

—Es lo único que le queda, Teresa — observó gravemente el notario —, junto con esta propiedad y una montaña de deudas...

—¡Oh, señor Welkin!... Yo ganaré el premio en las carreras con *Saeta* y entonces volverán días de prosperidad.

—Pero el premio es insignificante: cinco mil dólares... No se puede hacer mucho con esa cantidad.

—Voy a convertir esta propiedad en dinero contante y sonante, y lo apostaré todo por mi caballo.

Welkin, atónito ante el audaz propósito de la chiquilla, intentó protestar, pero ella volvió la cabeza, apretó los ojos y replicó haciendo un gesto decidido con la mano:

—Nada. Haga usted lo que le digo. Sáque-me el mayor dinero posible por la plantación y deje el resto a mi cuidado.

Welkin no tuvo más remedio que inclinarse ante la atrevida resolución de Teresa, y días más tarde, *Saeta* era alojado con todos los honores en las cuadras del hipódromo.

Una de las figuras más populares del hipismo, era el *bookmaker* Ernesto Trumbill, ese hombre enorme y jovial, pulcro y mundano; honrado, con esa honradez un poco elástica de los hombres que viven de las carreras.

Junto a él, se hallaba el joven Fernando Dennis Reilly, propietario del *Bygones*, el favorito de aquel hipódromo. Alto, *chic*, apolíneo y magnífico, Dennis era también el favorito de los concurrentes a aquel hipódromo, y fuera de él. Por rivalidad profesional, Fernando era enemigo de Teresa aunque ni uno ni otro hubiesen tenido aún el disgusto de conocerse.

Teresa inspeccionaba, con su traje de rancho — pantalones-delantal de cuero, y gorrita de pinche —, la instalación de su *Saeta*, cuando Welkin se le acercó tendiéndole un papel.

—Toma. Ya está vendido todo. Este che-

que, hija mía, representa la único que posees en el mundo.

Teresa lo cogió, miró su importe, y dando las gracias a Welkin se reunió con su caballo.

—Voy a apostar todo por ti, *Saeta*... ¡A ver qué haces! ¡No vayas a jugar una mala pasada! — le dijo acariciándole la cabeza.

Ernesto Trumbill recogió la apuesta de la joven, y aprobó:

—Ha hecho usted bien, Teresa. *Saeta* tiene todas las probabilidades de ganar.

Fernando Dennis se acercó y miró un rato a aquel muchacho lindo, ingenuo y sonriente que hablaba con el *bookmaker*. ¿Un vaquerito? ¿Un nuevo mozo del hipódromo?

Teresa alzó los ojos y se deslumbró al ver a aquel joven que sonreía al mirarla. Con frecuencia se pone en duda el flechazo de Cupido, pero lo cierto es que la pobre Teresa quedó presa en aquel momento en las enmarañadas redes del amor.

Su éxtasis le impidió advertir que venía corriendo un caballo de prueba, que se echó sobre ella derribándola.

Apresuradamente, Fernando recogió del suelo el cuerpo exánime de la criatura y lo subió hasta su pecho. Teresa abrió pesadamente los ojos, y al verse tan cerca del rostro amado

creyó que soñaba y los cerró de nuevo para prolongar el sueño delicioso.

Pero un mozo llegó avisando a Fernando:

—Señor Dennis, le llaman para la conferencia con Filadelfia...

El joven buscó entre los que le rodeaban a alguien para que recibiese su carga, y apercibiéndose la cara solícita del *bookmaker*, le dió el cuerpo desmayado de Teresa, diciéndole:

—Coja usted a este chico, Trumbill... No creo que tenga más que el susto.

Ernesto se sentó un poco aturdido sin saber qué hacer de Teresa. Ella abrió, esta vez ya despejada, los pícaros ojos y en lugar de la cara morena y seductora del desconocido amado, vió el rostro ufano y enorme del *bookmaker*. Desencantada Teresa se levantó presuntamente de las rodillas del buen señor, y sacudiéndose disimuladamente, desapareció.

Dennis volvió a salir, diciendo:

—No puedo asistir a la carrera. Tengo que salir ahora mismo para Filadelfia.

Entonces uno de los hombres que el día anterior en la finca de Greenacres habían controlado la velocidad de *Saeta*, exclamó:

—Dennis se va y nos deja el *campo* libre; ahora podemos hacer sin temor lo que pensábamos... Tú arréglate como quieras, pero que venza *Bygones*. ¿Entendido?

Y mientras tanto, ajena a la siniestra confa-

bulación que tramaban los dos bandidos, Teresa, unida a su caballo, suspiraba:

—*Saeta*, en el mismo día en que voy a ganar una fortuna encuentro al hombre de mis sueños...



Y llegó el día de la carrera. Teresa, nerviosa, excitada y feliz, del brazo de Welkin, esperaba impaciente la salida de los caballos.

Todo su destino dependía de *Saeta*. Pero ella estaba segura de la victoria de su amigo como de un hecho ya realizado.

Cuando el árbitro rompió la cinta y los caballos se lanzaron a la carrera, Teresa no pudo reprimir un grito de expectación y de alegría.

En efecto; *Saeta* se colocó inmediatamente a la cabeza. Su galope era seguro, ágil y poderoso. Teresa seguía con los prismáticos cada brazada suya.

De pronto, al volver una revuelta, el *jokey* de *Saeta* cayó con el caballo.

Teresa sintió que el mundo se había derrumbado para ella. Su caballo había quedado inánime en la pista.

Un poco después, en las cuadras, el vete-

rinario declaraba, hondamente apenado ante el dolor de Teresa:

—No hay nada que hacer, señorita. Su *Sae-*



—¡Oh, no! ¡Es lo único que me queda en el mundo!

ta está herido de muerte. Lo mejor es que le evitemos el sufrimiento inútil.

—¡Oh, no! ¡Es lo único que me queda en el mundo!

El veterinario sacó el revólver, y dominando su emoción apuntó al animal.

Teresa huyó tapándose los oídos.

Sonó un disparo. Y el humo de la pólvora escribió la historia del último *pur-sang* de los establos Greenacres. *Saeta* pudo ser el favorito, pero la traición, arrastrándose como un reptil, se atravesó en su camino.

Teresa, dolorida, aniquilada, tanto por la angustia de su situación como por el sentimiento de la muerte de su caballo, se dirigió lentamente al establo en que había estado alojado hasta aquella tarde fatal, y a la puerta encontró a su fiel negrito que, vivamente airado, increpaba al *jockey* de *Saeta*.

—¡Ese bandido lo hizo caer apropiado!... — explicó el chico, al ver a su ama—. ¡Le pagaron para ello!

Teresa sintió que una oleada de cólera la cegaba. Apoderóse de uno de los tridentes que había en la cuadra, y apuntó al miserable.

El *jockey*, acobardado, protestó:

—¡A mí no me cuente nada! ¡Yo no hice más que cumplir las órdenes de mi amo, el señor Dennis!

Teresa arrojó el tridente, rendida por la fatalidad.

Pero en un temperamento como el suyo, y en su juventud, penas no duraban mucho. Y así, un buen día abandonó el solar de sus mayores para lanzarse animosamente a la lucha por la vida.

Despidióse de Welkin y de todo lo que has-

ta entonces le había pertenecido, y provista del reducido bagaje de dos maletas, salió de la finca.

Ernesto la vió desde su auto y se apeó para saludarla, extrañado de verla en plan de viaje.

—¿Puedo saber adónde va usted, Teresa?—preguntóle.

Ella tuvo una triste sonrisa:

—Me traslado a *mi casa* de la ciudad...

Trumbill comprendió, y repuso con una bondadosa sonrisa:

—Me entristece de veras ver en situación apurada a la hija de mi buen amigo Doone... ¿No querría usted aceptar un pequeño préstamo?

—Mil gracias, pero todavía dispongo de algún dinero, y además, tengo mi coche...

Ernesto Trumbill miró hacia donde indicaba Teresa y vió su "coche", un carrito enclenque y desvencijado, tirado por un caballo y conducido por un antiguo servidor de Greenacre.

Y así partió Teresa, animada y hasta optimista, a la ciudad.

Seis semanas después, la hija de Doone conservaba su buen humor habitual; pero su estómago era un funeral: hacía treinta y seis horas que estaba en absoluta inactividad.

En la vida de la princesita caída en desgracia no faltaba el ogro; era Micaela Brack, la

fenomenal patrona de aquella honorable casa de huéspedes.

Decidida a escapar de sus garras, Teresa preparó sus maletas y se dispuso a irse. Abrió cui-



—Mil gracias, pero todavía dispongo de algún dinero, y, además, tengo mi coche.

dadosamente la puerta, y cuando iba a bajar las escaleras oyó los pasos pesados y lentos de la posadera que ascendía.

Teresa se reintegró precipitadamente a su cuarto; pero Micaela se le presentó exigiéndole el pago de las mensualidades atrasadas.

—Mientras no me pague los cuarenta dólares que me debe—le declaró—, su equipaje no sale de esta casa.



...partió serena, animada y hasta optimista, a la ciudad.

Teresa le abandonó las maletas, y salió, haciéndole adiós a la hostelera con la mano.

Gracias a su apellido, Teresa era siempre bien recibida en el hipódromo; además, era el único sitio donde podía entrar sin pagar. Allí se reunía frecuentemente con Ernesto Trum-

bill, que recibía siempre con sus más cariñosas atenciones a la hija del gran hipista Doone.

Los elefantes tienen también su punto vul-



—Mientras no me pague los cuarenta dólares que me debe, su equipaje no sale de esta casa.

nerable; el punto vulnerable de Micaela Brack era su pasión por las carreras de caballos.

Desde la puerta, Micaela, que acababa de llegar, vió a su ex-huésped hablando con el *bookmaker*. Quiso entrar, pero como que la entrada estaba allí prohibida, tuvo que reser-

varse sus deseos de exteriorizar su admiración a la joven por su afición a las carreras.

Entretanto, Ernesto Trumbill decía a Teresa:

—Hoy va a correr un caballo nuevo, *Brownie*... No ganará... pero mucha gente apostaría por él, si una joven bonita y elegante se cuidase de mencionar su nombre. Si usted quisiese ocuparse del asunto, partiríamos a medias las ganancias...

El negocio no era excesivamente limpio, y Teresa lo rehusó con una sonrisa suave, pero firme:

—Lo siento, Trumbill... pero yo no sirvo para eso.

La presencia de la muchacha había interesado a Teodoro Cuyler, propietario de un solo *pur-sang*, y que tenía por costumbre, que él creía muy *chic*, tratar a los caballos como a las mujeres y a las mujeres como a los caballos.

Acercóse y saludó a Ernesto. Este le presentó a Teresa, y Cuyler le dirigió algunas frases poco correctas. Pero la joven le dejó con la palabra en los labios, retirándose en seguida.

—No pierda usted el tiempo, Cuyler—le aconsejó Trumbill, observando la decepción de su amigo—; esa chica no es de las que se conquistan con dinero.

En las cuadras, una sorpresa esperaba a Teresa. Su negrito trabajaba ahora allí.

—Estoy a las órdenes del señor Dennis, señorita... —explicó el muchacho, un poco confuso.

—Bien...

Un mozo se acercó a la hija de Doone, entregándole un papel. Ella lo desdobló y leyó:

"Espéreme frente a Marchetti, y la convidaré a almorzar. Tengo muchos deseos de conocerla intuitivamente.

Teodoro Cuyler."

Teresa se mordió los labios, de hambre, pero pudo dirigir una mirada de altivez al conquistador, que esperaba desde un poco más lejos la respuesta.

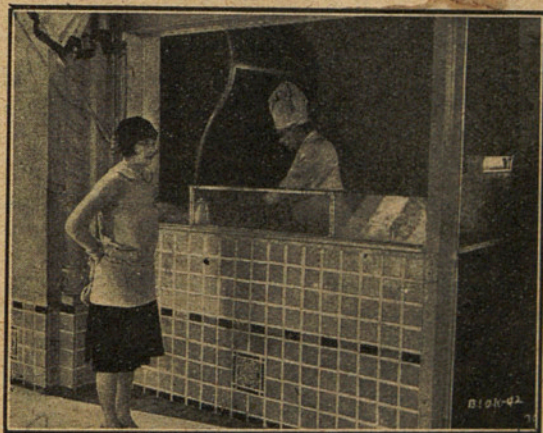
Salió del hipódromo. Sentía que el estómago se le ensanchaba y se le profundizaba. No podía más. Se paró delante de un aromático restaurante y contempló, con lágrimas en los ojos, el estimulante espectáculo del sabroso trabajo del cocinero.

Instintivamente registró su bolso: nada; absolutamente vacío. Había desdeñado un almuerzo por dignidad, pero el estómago, que no entiende de dignidades, protestaba enérgicamente.

Insensiblemente, las piernas la llevaron hacia Marchetti, pero al llegar cerca del restaurante

se encontró con su ex posadera Micaela Brack que la abrazó con mil efusiones, mientras exclamaba:

—Ya la he visto a usted en el hipódromo,



Instintivamente registró su bolso: nada; absolutamente vacío.

querida... Precisamente quería desearle mucha suerte, y al mismo tiempo...

Micaela Brack se detuvo un poco embarazada, pero vivamente interesada. Por fin balbució:

—...Usted debe saber algo acerca de los caballos que corren esta tarde, ¿verdad?

—No...

Pero se moría de hambre, y al extremo de la calle, delante de Marchetti, apercibió a Ernesto Trumbill y a Teodoro Cuyler que la estaban esperando, y rectificó inmediatamente:

—Es decir, sí; pero me ha de guardar el secreto... Creo que el mejor de todos es uno nuevo que se llama *Brownie*.

—¡Oh, gracias, pequeña!—prorrumpió, reconocida, Micaela—. Usted que lo sabe todo, hija mía... ¿por qué no me presenta a un *bookmaker* de confianza?

Teresa hizo una seña a Ernesto Trumbill, que se reunió con ellas, presentándolo a la posadera. Esta le entregó una subida cantidad a favor de *Brownie*, y despidiéndose efusivamente, se fué al restaurante.

Entonces Trumbill, conforme a lo convenido, le entregó la mitad de la apuesta de la señora Brack, y Teresa, muy estirada y oronda, penetró en Marchetti, después de haber lanzado una despectiva mirada a Teodoro Cuyler.

En seguida se dirigió a la posadera y entregándole un pliego de billetes, le dijo:

—Los cuarenta dólares que le debía... Vuelva a poner mi equipaje en la misma habitación, porque seguiré en ella.

Teresa se sentó de nuevo a su mesa, y

cuando la señora Brack vió entrar a Cuyler y a Trumbill, levantóse corriendo y le dijo al *bookmaker*:

—Aquí tiene usted cuarenta dólares más para añadir a mi apuesta.

Inmediatamente Trumbill llevó a Teresa la mitad de esta nueva cantidad, y mientras satisfacía su dilatada necesidad, Teresa se frotaba las manos, dichosa de haber resuelto, en fin, el problema de su vida.



Teresa Doone había encontrado un medio de vida, y con el tiempo se convirtió en la asociada de Ernesto Trumbill.

Una tarde, en el te, el *bookmaker* vino acompañado de Teodoro Cuyler. Teresa hizo una mueca de disgusto, pero Ernesto se apresuró a exponer:

—He traído a Cuyler conmigo para que hablemos los tres sobre un gran proyecto...

—Se presenta la ocasión de hacer una pequeña fortuna...—dijo Cuyler—. Yo poseo un caballo que es medio hermano de *Bachiller*, el favorito, y de tan igual como es, estoy seguro de que ni su mismo propietario los dis-

tinguiría. Si tuviéramos la seguridad de que *Bachiller* ganaba el Derby... nosotros lo substituiríamos por mi caballo y haríamos una magnífica jugada.

A Teresa la maniobra le repugnaba, evidentemente. Ernesto se apresuró a convencerla:

—No hay nada que temer: todo está previsto... Lo único que necesitamos es que usted averigüe la velocidad que *Bachiller* puede alcanzar.

Cuyler intervino:

—Para ello le bastaría entablar amistad con su propietario, Fernando Dennis Reilly.

La fisonomía contraída de asco y de negativa de Teresa, se animó con un destello de odio.

—¿Dennis Reilly? — preguntó vivamente.

—Sí.

—Ese Fernando Dennis es el propietario de *Bygonas*, ¿verdad?... ¿El causante de mi ruina y de la muerte de mi caballo?

—Eso es.

Teresa se resolvió. Retorcióse las manos de angustia y de ira, y aceptó:

—Estoy dispuesta. ¿Dónde y cuándo he de encontrarlo?

A los pocos instantes el plan estaba ya organizado, y a la mañana siguiente estaba tendida la red en que debía caer el joven Dennis.

Desde unos árboles, Cuyler, Trumbill y Teresa Doone, graciosamente vestida de amazona, esperaban.

Por fin apareció en el camino, la vigorosa y apuesta silueta de Fernando Dennis, montado en su caballo, que se disponía a emprender su paseo cotidiano.

Teresa saltó sobre su caballo y espoleándolo vivamente, lo precipitó por la carretera. Segura de su dominio y de su juego, la intrépida muchacha excitaba cada vez más el galope del noble bruto, a fin de hacerle parecer desbocado.

Cuando lo hubo conseguido, echóse hábilmente hacia atrás, fingiéndose extenuada y desfallecida, y empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Fernando aguijoneó a su caballo y se lanzó valerosamente en persecución del de la apurada joven. No tardó mucho en alcanzarla, arrebatándola, de un poderoso abrazo, de la silla. Al tenerla en sus brazos, Fernando contempló el rostro de la desconocida amazona, a quien creía haber salvado la vida, mientras ella, al entreabrir un ojo, reconocía en su "salvador" y en su enemigo, al joven que cautivó su corazón una tarde en el hipódromo de Kentucky.

Al llegar a su casa, Dennis depositó cuidadosamente a la pretendida desmayada sobre un diván, y fué a buscar algo para reanimarla.

Al encontrarse sola, Teresa se levantó y empezó a examinar la casa de su simpático adversario. Arreglóse los cabellos y frunció coquetamente los labios ante un espejo que resplandecía en el testero de enfrente.

Pero encima del espejo vió algo que la devolvió a la cruda realidad, recordándole su dura misión acerca de aquel hombre: el retrato de un pura-sangre, bajo el cual se leía: *Bygones*.

Se estremeció. ¡Era posible que aquel chico que tan profundamente le interesaba, fuera el detestado e infame propietario del rival de su *Saeta*?

Y cuando el muchacho regresó con una bandeja de refrescos, ella quiso cerciorarse. Cogió el sifón de "seltz" y echándolo en el vaso del mózo, preguntó displicentemente:

—Usted dirá si tiene bastante, señor... señor...

—Fernando Dennis Reilly, señorita, a sus órdenes — contestó él, sonriendo.

Y Teresa tuvo que convencerse.

Después de una semana de amistad, cada vez más íntima, a Teresa le costaba muchos esfuerzos pensar que Fernando Dennis era un enemigo del que había prometido y del que debía vengarse.

Y los largos y solitarios paseos por los largos, las excursiones en automóvil, el baile en

los "dancings" de moda, afirmaban cada vez más sus relaciones y su cariño.

Aquella tarde regresaban de su paseo en auto. Fernando preguntó, de pronto:



...el baile en los "dancings" de moda...

—¿Vas a apostar en las carreras de mañana, Teresa?

—Apostaría... si supiese qué caballo iba a ganar — contestó ella, distraídamente.

—Mi *Bachiller* no puede perder, Teresa... Con reloj en mano, lo ví correr esta mañana y estoy absolutamente seguro de su triun-

fo. Excuso decirte que esto es un secreto... Cosas así, sólo pueden decirse a una persona muy querida.

Fernando bajó delante del club. Afuera esperaban ya Cuyler y Trumbill, que se apresuraron a preguntar a su auxiliar:

—¿Cuándo va usted a facilitarnos el dato que necesitamos, Teresa? Tenga usted en cuenta que las carreras son ya mañana...

Teresa tuvo un gesto resuelto, y reveló, con una sonrisa, donde flotaba un dejo de amargura:

—Ya lo tengo. *Bachiller* corrió esta mañana la distancia del Derby en dos minutos, tres segundos... No hay un solo caballo de los de por aquí, capaz de hacer eso.

Trumbill se frotó las manos y concluyó:

—Vaya usted esta noche con Dennis al Café Imperial... Nosotros haremos el cambio de caballos, y cuando todo esté listo, la avisaremos, haciendo tocar a la orquestina la pieza "Horses".

Aquella noche, en el Café Imperial, donde entre luces, entre estridencias de "jazz-band", champán, flores y risas, se deslizaban velozmente las horas, Teresa y Fernando se unieron una vez más en aquella amable y leal camaradería que iba atando sus corazones.

Teresa se hallaba, no obstante, nerviosa y dis-

traída, mientras Fernando, cerca de ella, observaba, mirándola profundamente:

—Es curioso... Hace sólo una semana que nos tratamos, y ya parece que nos conocemos de toda la vida.

Entonces Teresa levantó los ojos y fijándolos con gran ternura y una gran tristeza en los de Fernando, suspiró:

—Yo te conozco más de lo que tú crees...

Dennis iba a pedirle que le explicase dónde y cuándo, pero el estallido de la orquestina al atacar la pieza de moda, le distrajo.

—Teresa, al oírla, tuvo un sobresalto. El la informó:

—Es esa música nueva: "Horses"... ¿Quieres que la bailemos?

Y en los brazos de aquel hombre, a quien amaba ya con toda su vida, Teresa sintió que el "jazz-band" cabalgaba furiosamente sobre su alma, como el remordimiento de su traición.



Y llegó, por fin, el día del Derby, día de ansiedades y de esperanzas, de derrotas profundas y de esplendorosas victorias.

El enorme hipódromo trepidaba de gentío y de expectación. Había diluvio de apuestas y de discusiones. El nombre de *Bachiller* el favorito, brotaba de todos los labios como una palabra talismán.

Y entretanto, en las caballerizas ocurría algo extraño. Un muchachito con una granota de cuero penetraba en el departamento de *Bachiller*, con un caballo exactamente igual que éste, llevándose el otro en su lugar.

Un mozo que le acompañaba, recogió el caballo y se alejó con él, mientras el chico se quitaba la gorra y la granota, para convertirse en Teresa Doone. En efecto, era ella, la hija del propietario de Greenacres, que después de una violenta lucha consigo misma, había descubierto que su amor era más fuerte que su deseo de venganza, y había desbaratado el plan de Trumbill y Cuyler, reintegrando en el establo al verdadero caballo de Dennis, que ellos habían substituído, la víspera por el de Cuyler.

No tardó en ver a Fernando, que sonriente y confiado recibía los saludos de sus amigos.

—¡Venceremos, Teresa!—le dijo él, al estrecharle las manos.

Ernesto Trumbill se sentía satisfecho de la vida; todos apostaban por *Bachiller*. La jugada era suya, puesto que el supuesto *Ba-*

chiller perdería, y todas aquellas sumas irían a parar a su bolsillo.

Cuando Cuyler se le acercó, el *bookmaker* le dijo, con la sonrisa del triunfo en los labios:

—Todo marcha viento en popa... El caballo perderá y haremos la mejor partida de la temporada.

Realmente, Ernesto Trumbill tenía motivos para entusiasmarse. No se apostaba más que por el caballo de Dennis. El público tenía en él la misma fe que en un ídolo, y a la agilidad de sus patas famosas, confiaban sus ilusiones y su dinero.

Al pasar con Teresa por delante del enorme grupo que se formaba alrededor del *bookmaker* para apostar por *Bachiller*, Fernando observó, riendo, a su amiguita:

—No sé cómo Trumbill se arriesga a admitir tantas apuestas por mi caballo. Tiene la convicción de que perderá... ¡Pero, buen chasco va a llevarse!

Teresa sonrió forzosamente. Dennis suspiró, estrechando su brazo:

—Nunca me había sentido tan seguro del triunfo como esta tarde.

Se sentaron. Teresa sentía toda la violencia de su papel en aquel asunto. Su nerviosidad aumentaba por momentos, y su sobresalto fué terrible, cuando uno de los empleados del hi-

pódromo se acercó a Fernando, y le dijo, jadeante e indignado:

—Ya no se puede hacer nada, señor Dennis; pero debe usted saber que alguien ha cambiado su caballo...

Atónito, asustado, el joven levantó la cabeza.

—...Y esta señorita debe saber algo—añadió el hombre, señalando corajudamente a Teresa.

Luego gritó, desolado:

—¡Ya salen!

Y era cierto. Los caballos acababan de lanzarse a la sensacional carrera.

Fernando concentró todos sus sentidos en los prismáticos, siguiendo anhelosamente todas las brazadas de su caballo; pero Teresa ya no podía más. Se reconocía culpable hacia todos, y no tenía fuerzas para asistir por más tiempo a la prueba.

Trumbill, entretanto, al lado de su amigo Cuyler, contemplaba también la marcha de la carrera. El empuje de *Bachiller* era enorme, y sus ágiles brazadas le hacían marchar a la cabeza de todos sus rivales.

—Por ahora—decía Cuyler—, la lucha aparece clara; pero luego, mi caballo irá quedándose atrás.

Al volver una revuelta, *Bachiller* se quedó atrás.

Para Fernando, esto fué como una revelación dolorosa. Volvióse hacia Teresa, que desfallecía, y le suplicó:

—Teresa, dime que no es verdad... dime que no has estado jugando conmigo...

Cuyler sonreía, satisfecho y seguro, diciéndole al *bookmaker*:

—¿Qué le decía yo? Ya se le van acabando los bríos.

Pero *Bachiller* recuperaba vigorosamente el terreno perdido y se colocaba a la cabeza de la carrera.

Cuyler se asombró:

—¡Es muy extraño!... Ahora lleva la delantera...

Teresa no podía dominarse por más tiempo. Levantóse y aprovechando la distracción de Fernando que se condensaba en la mirada de sus gemelos, huyó de su lado.

Era la última vuelta, y *Bachiller*, adelantando a todos sus adversarios, acababa de franquear la línea de la victoria.

—¡Teresita, *Bachiller* vence! —gritó Fernando, yendo a coger el brazo de su amiga.

Pero el sitio estaba vacío; Teresa había desaparecido. Salió disparado del hipódromo. En la puerta le dijeron:

—La señorita Doone se ha marchado para tomar el tren de Memphis. Ha dejado esta carta para usted.

Dennis rasgó angustiosamente el sobre, y leyó:

Fernando: Intenté engañarte y perjudicarte, pero no pude, a pesar de que fuiste tú el que me arruinaste en otra ocasión; tu mismo "jockey" me lo dijo. Te quiero demasiado para hacerte daño. Adiós para siempre. — Teresa."

... ..

Desesperado, Fernando montó en su auto y se lanzó a la persecución del tren que se llevaba a su amada.

Sus noventa caballos, conducidos por las alas del amor, lograron adelantar al tren, y cuando el audaz enamorado hubo atravesado su coche en mitad de la vía, bajó, y quitándose la americana, empezó a hacer señales de peligro.

Detúvose el ferrocarril, y los maquinistas, junto con dos empleados, descendieron para interrogar a aquel individuo.

Fernando sacóse del bolsillo un puñado de billetes y lo arrojó al suelo. Así, mientras aquellos buenos hombres se ocupaban, ávidamente, de recogerlos, él pudo saltar a la plataforma donde Teresa, mustia y anonadada, esperaba la continuación de su viaje.

—¿Qué significa esta carta? — preguntóle Fernando, sentándose a su lado.

—Tengo idea de haberla escrito con perfecta claridad—contestó ella, levantando hacia el joven sus ojos llenos de pasión y de firmeza.

El la abrazó, resueltamente, y dijo:

—Yo, sin embargo, no la entiendo... pero sé que te quiero y que me quieres, y esta base facilitará mucho nuestras explicaciones.

Ella se abandonó al ancho abrazo del amado, y cerró los ojos para no ver más que su inmensa felicidad. Y lo olvidaron todo; incluso que el tren estaba parado y que millares de quehaceres se habían interrumpido para permitir su reconciliación.

Tuvo que venir el jefe, que les observó sonriendo comprensivo:

—Señores, consideren que no puedo tener el tren detenido para que ustedes conjuguen con comodidad el verbo amar...

FIN

Próximo número:

EL SÉPTIMO BANDIDO

por HARRY CAREY (CAYENA)

Postal-fotografía-regalo: FRANK CURRIER

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

COMPRE USTED MAÑANA

el libro 95 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

HERENCIA DE MUERTE

por el simpático actor **ANTONIO MORENO**

Sea usted coleccionista de "Los Grandes Films"

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

MUY EN BREVE APARECERÁ

el 4.º libro de la lujosa

COLECCION DE NOVELAS SENTIMENTALES

DE

Ediciones BISTAGNE

EL HIJO DEL ARROYO

de **ARTHUR BERNÉDE**

¡NO DEJE USTED DE LEERLO!

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

|| NO LO OLVIDE NI LO DEMORE ||

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor - Barcelona